



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

EN LA PISCINA

Era una piscina de medidas olímpicas, orgullo del barrio. Asistió a su inauguración un teniente de alcalde, varios concejales, el constructor y muchos vecinos. Habían corrido mucho los constructores para poder inaugurarla en la fecha indicada. Pero lo habían conseguido... Un muchacho se encaramó al trampolín. Se exhibió ante los suyos (sus padres miraban en derredor, ufanos) allí en la altura, y decididamente se lanzó al agua perfilando en el aire una bella pirueta. La gente aplaudió la acrobacia, pero los aplausos se apagaron al observar que el muchacho no surgía en la superficie. Lo sacaron más tarde, muerto, con una brecha en la cabeza. Con las prisas habían colocado el trampolín en la parte de menor profundidad de la piscina. «No me lo perdonaré nunca», afirmó el contratista.

FUTBOL

El equipo visitante necesitaba dramáticamente empatar. Le iba en juego su permanencia en tercera división. L., defensa lateral izquierdo, lo sabía y, como sus compañeros, estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. En un córner chocó con un contrario al intentar rematar un balón. Cayó al suelo. Hizo un gesto de dolor. «Quieto», le musitó un compañero entre dientes. Había que perder tiempo. «Quieto», le dijo el masajista, requerido por el árbitro mientras los jugadores contrarios protestaban. L. permaneció quieto. Llamaron a los de la camilla. Se lo llevaron. Permaneció quieto varias horas afectado de conmoción cerebral. No pudo jugar más al fútbol. Ese día el equipo perdió por un tanto a cero y descendió a categoría regional. «Yo hice lo que pude», afirmaba L. años más tarde al recordarlo.

NEMORINO

UNA ACLARACION

Ya ven, a pesar de cuanto se viene hablando, escribiendo y teorizando sobre el humor, todavía no se conocen exactamente los complicados mecanismos de sus formas de expresión. No en vano la ambigüedad es uno de ellos. Por eso pueden confundir hasta nuestros amigos más íntimos el «digo con el Diego». La semana pasada publicamos un dibujo donde un señor barbudo y malhumorado pretendía «poner un piso a la patria» como si tal como fuese posible más que en las intenciones de aquellos que desean propiedades excluyentes. La Patria es de todos y no puede ser ofendida por las intenciones de unos cuantos. Contra ellos iba dirigida la carga humorística de nuestro colaborador. La Patria no entraba en el juego. Ella está por encima de quienes creen que se le puede poner un piso. O venderla por parcelas.

HL

